

JOSUÉ

Lección 23 - Capítulo 22

Hoy comenzamos con el capítulo 22 de Josué. Este capítulo fácilmente podría convertirse legítimamente en un sermón de varias semanas además de una lección de enseñanza, dado que es tan rico en información, teología e instrucción práctica para el creyente.

Pero me enfocaré en solo algunos de los principios importantes contenidos aquí, aquellos que creo que nosotros, como parte del cuerpo del pueblo de Dios moderno, podemos identificar probablemente mejor. Esta sección completa de Josué (que eventualmente nos lleva hasta el final del libro de Josué) está enmarcada por una preocupación por las partes del pueblo de Dios que viven FUERA de la Tierra Prometida; aquellos que viven lejos de Israel propiamente dicho, lejos del santuario de Dios y lejos del sacerdocio de Dios.

Pero también hay varias preguntas profundas y críticas formuladas (y respondidas) en este capítulo que enfrentarán los adoradores en cada generación bíblica, incluida la nuestra actualmente, y entre esas preguntas están: 1) ¿cuál es la adoración adecuada a Dios? 2) ¿Dónde debe tener lugar la adoración adecuada a Dios? 3) ¿Quiénes son el pueblo de Dios?

Pero para mí, la pregunta única (una que se aborda en este capítulo) que ha desconcertado y molestado a la iglesia quizás tanto o más que cualquier otra es: ¿mis sinceras y buenas intenciones como discípulo de Jesús tienen más peso que los mandamientos claros y escritos de Dios? No sé si obtendremos respuestas totalmente satisfactorias solo a esas cuatro de las muchas preguntas que este exquisito capítulo de Josué plantea, pero al menos intentaré darle a la discusión material para pensar y quizás un marco de referencia para abordarlo.

Abran sus Biblias en Josué capítulo 22.

LEER Josué CAPÍTULO 22

Cuando terminamos la semana pasada vimos que la Tierra de Canaán descansaba de la guerra. La tierra aún no se llamaba "Israel". Los nuevos residentes de la tierra eran sólo una confederación suelta de 12 tribus relacionadas, y no una nación políticamente cohesionada. El enorme ejército israelita había derrotado y destruido la fuerza militar combinada de algunos reyes cananeos del norte, así como todo un ejército separado que era la fuerza militar combinada de algunos reyes cananeos del sur. Israel también había concluido muchos tratados de paz con otros señores y potentados cananeos más pequeños (algo que iba expresamente en contra de las instrucciones de Dios, pero que proporcionaba a corto plazo un cese sostenido de las hostilidades).

Con los enemigos más formidables de Israel que ocupaban la mayor parte de la costa mediterránea de Canaán, que también ocupaban gran parte de la llanura costera y otros grupos de ciudades y pueblos dispersos por toda la Tierra Prometida, existía algo parecido a lo que podríamos llamar guerra fría con Israel. Israel sabía muy bien que los enemigos que quedaban eran peligrosos y que no se podía confiar en ellos; y los enemigos que quedaban sabían muy bien que en algún momento Israel probablemente decidiría intentar anexionarse su territorio porque la conocida teología de Israel así lo exigía (esto no era ningún secreto militar). Pero, por el momento, ambas partes estaban satisfechas de no tener que librar sangrientas batallas entre sí, por lo que coexistieron codo con codo en un acuerdo incómodo pero pacífico.

Esta falta de hostilidades permitió a Josué terminar de dividir la tierra entre las últimas 7 tribus que aún no habían aceptado su herencia territorial; y una vez que eso se logró, los levitas pudieron recibir ciudades para vivir. Y una vez que eso se logró, se pudieron establecer y poner en funcionamiento las Ciudades de Refugio para los homicidas accidentales. Y una vez que eso se logró, ya no hubo necesidad de un ejército combinado de 600,000 hombres de las 12 tribus de Israel. Mira: Dios es misterioso casi más allá de la medida, pero la humanidad es todo lo contrario. La humanidad es generalmente predecible y bastante simple en nuestros comportamientos y reacciones; nuestro problema es que tendemos a negar nuestra propia previsibilidad y, por lo tanto, la historia está condenada a repetirse. Una serie completa de eventos tuvo que suceder entre los israelitas y sus enemigos cananeos, de manera muy lógica, visible y habitual, para que el hombre hiciera lo obvio mientras avanzaba de un paso típico al siguiente.

Dios sabe perfectamente eso, y aunque gran parte de lo que Él SABE qué haremos es incorrecto, cobarde, desobediente y autodestructivo, Él aún puede usar eso para lograr Sus propósitos. Y eso es lo que estaba sucediendo en la Tierra Prometida entonces, así como aún sucede en nuestra era.

El evento inicial del capítulo 22 de Josué es que las tropas de Gad, Rubén y la mitad de la tribu de Manasés que tomaron posesión de su tierra al este del río Jordán en la Transjordania ya no son necesarias para servir en el ejército porque el motivo de su participación (la conquista de Canaán) se ha cumplido. Entonces, dado que ellos han sido fieles a su palabra, Josué será fiel a la promesa hecha a ellos. Y esa promesa es que pueden MANTENER esa tierra al este del río Jordán como propia, pero tuvieron que enviar un número considerable de tropas para ayudar a las otras nueve y media de las tribus a tomar Canaán.

Vuelvan sus Biblias unas cuantas páginas atrás al principio del libro de Josué. Leamos una sección del capítulo 1.

LEER Josué CAPÍTULO 1:10 – al final

Así que lo que vemos sucediendo es un cierre en el capítulo 22. El libro de Josué comienza con la incorporación de Rubén, Gad y la mitad de la tribu de Manasés para luchar junto a sus hermanos por Canaán, y el libro termina con la victoria y su honorable salida del servicio militar. En lo que debe haber sido una especie de ceremonia formal, Josué dice a las 3 tribus (2 ½ tribus, técnicamente) que han cumplido su palabra, hicieron lo que Yehoveh les mandó hacer, y el resultado de su obediencia es que Dios ha cumplido Sus promesas de manera oportuna. Mira Josué 1:15; el verso dice que las tribus de Transjordania deben permanecer luchando junto a sus

compañeros israelitas hasta que las otras nueve tribus y media hayan alcanzado su "descanso" en la Tierra Prometida.

Por lo tanto, como una conclusión adecuada, leemos en Josué 22:4 que "Ahora Yehoveh vuestro Dios ha dado descanso a vuestros hermanos, como les prometió".

Así que el círculo se ha cerrado, el descanso de la guerra fue prometido y dado, y por lo tanto es hora de que estas 3 tribus vayan a sus hogares en el lado oriental del río Jordán y se reúnan con sus familias y los que quedaron atrás para proteger al pueblo y la tierra, y para establecer una economía.

Observa una pequeña cosa en el versículo 4: Josué dice que las 3 tribus pueden "regresar a sus tiendas". Esta traducción muy literal señala algo por lo que siempre debemos estar alertas en la Biblia: las expresiones del habla común dentro de una cultura que no necesariamente significan exactamente lo que dicen. Las 3 tribus de Transjordania no vivían en tiendas. Vivían en pueblos y ciudades en viviendas permanentes. Simplemente, el lenguaje de los nómadas (esta generación en su mayoría nació en el desierto) se había arraigado en su pensamiento cotidiano, y por eso continuaban usando palabras y frases que los beduinos podrían usar. Así como es común en nuestro propio lenguaje usar frases que solo se entienden dentro de nuestra propia cultura, pero que nunca realmente pensamos en ello, así era entonces y encontraremos mucho de eso en la Biblia. ¿Por qué tenemos que estar alertas a ello? Porque de lo contrario podríamos tomar una serie de palabras como un principio bíblico literal; pero, de hecho, solo era un dicho común que significaba algo completamente diferente para quienes lo hablaban.

Como parte de esta ceremonia de desmovilización de las 3 tribus, Josué les insta con las palabras de Moisés, una parte considerable de las cuales proviene de Deuteronomio 6 y la bendición conocida comúnmente como el Shema Israel. Exhorta a la gente de Rubén, Gad y Manasés a seguir siempre la Torá de Moisés, y a amar siempre a Yehoveh con todo su corazón y mente.

Me parece interesante que en el versículo 7 se incluya una nota histórica a pie de página en las Escrituras hebreas que recuerda al lector que Manasés poseía dos porciones de tierra separadas, una en la orilla occidental del río Jordán y la otra en la orilla oriental. Ahora bien, hay muchas razones para esto que comenzarán a hacerse evidentes a medida que avancemos en esta y futuras lecciones; pero por ahora sólo permítanme decir que sin duda parte de la razón por la que se insertó esto fue para responder a la tercera pregunta que les dije al principio que se abordaría en este capítulo, y que es: en un momento dado, ¿quién es el pueblo de Dios?

Como una especie de exhortación/bendición combinada final, Josué dice que las 3 tribus deben llevar consigo ganado, metales preciosos y ropa. Estos artículos eran el botín de guerra que habían ganado en la batalla. He mencionado en lecciones pasadas que era la norma para esta era que a cada hombre se le permitiera saquear y tomar artículos valiosos de su enemigo derrotado; esto era en lugar de un cheque de pago. Sólo puedo suponer que estos artículos habían sido autorizados por Dios para ir a los soldados y no fueron apartados como Su propiedad sagrada. En cualquier caso, había una enorme cantidad en su posesión, y era necesario que Josué dejara claro a las nueve tribus y media que permanecerían en la Tierra Prometida que estaba bien que estas 3 tribus se llevaran su porción con ellos cuando volvieran a casa.

Estamos en uno de esos momentos kum-ba-yah, o eso parece. Todo va bien, todo el mundo parece feliz; fluye la buena voluntad. Pero justo debajo de todo esto hay una psicología que es completamente normal pero problemática para los hombres: la sospecha y la desconfianza de unos hacia otros. Está bien que nos abracemos, nos besemos y nos llamemos hermanos cuando estamos juntos; otra cosa es que nos comportemos así cuando nos separamos. La realidad es que bajo la superficie latía a fuego lento una mentalidad de "nosotros y ellos". Estaba el "nosotros" de las nueve tribus y media a un lado del Jordán, y los "ellos" de las dos tribus y media al lado oriental del Jordán. Este sentimiento era mutuo, e iba a provocar problemas inmediatos.

El hogar de las dos tribus y media no estaba muy lejos, sólo a unas pocas millas al otro lado del río Jordán, pero bien podrían haber sido miles. Porque entonces, como ahora, el río Jordán no era sólo una frontera geográfica natural que dividía el territorio, sino que se consideraba una frontera espiritual. Al oeste del Jordán estaba la Tierra Prometida; al este estaba FUERA de la Tierra Prometida. Dentro de la Tierra Prometida estaba la morada terrenal de Dios; fuera de la Tierra Prometida Él no tenía hogar.

A pesar de las varias décadas de entrenamiento e instrucción y experiencias que todas las tribus de Israel habían vivido conjuntamente en la presencia de Yehoveh, los caminos comunes del mundo (con los que estaban demasiado familiarizados) se aferraban a estos hebreos como percebes en un muelle. Todavía no comprendían que no había más que un Dios. Ellos TODAVÍA no internalizaban que Dios no tenía limitaciones físicas sobre Él y por lo tanto Él no observaba fronteras territoriales, como lo hacía el resto del mundo. Para los hebreos, cruzar un río significaba dejar atrás las reglas y el gobierno de un dios por otro.

De repente, las tribus transjordanas se inquietan: ahora que abandonan Canaán, ¿DÓNDE está su dios? ¿Les permitirán sus hermanos de la orilla occidental seguir participando en los importantísimos rituales de culto, o se quedarán al margen una vez que abandonen Canaán? El centro religioso de Canaán se había trasladado a Silo, en el territorio tribal de Efraín; y, como ya dijimos en una lección anterior, no era un lugar especialmente conveniente ni siquiera para las tribus que recibieron su herencia de tierras en Canaán. Para esas tribus transjordanas, llegar a Silo era, como mínimo, un viaje difícil.

Psicológicamente, las tres tribus del este también se preguntaban si serían recordadas, tanto por el liderazgo de Israel como por Dios mismo. De hecho, ¿aún estaban bajo la autoridad de Josué, o la ceremonia de desmovilización los había liberado de la sumisión a Josué? Y si no estaban bajo la autoridad de Josué, ¿entonces seguían siendo parte de Israel? En otras palabras, mientras la alegría abundaba por todas partes, este era un tiempo de transición e incertidumbre (especialmente para Rubén, Gad y la media tribu de Manasés). Las cosas estaban cambiando, pero ¿hacia dónde?

Ahora para ustedes líderes de congregación, políticos y familiares en la audiencia ¿qué harían en esta situación? Probablemente lo mismo que hicieron estas tres tribus: celebrar una reunión. Los líderes se reunieron, discutieron las preocupaciones, y la solución acordada (al menos fue parte de la solución) fue construir un altar a su Dios profeso Yehoveh; uno grande e impresionante dice el versículo 10. No uno pequeño de piedra como una especie de altar improvisado, sino algo grande y muy simbólico. Algo que hiciera que su pueblo se sintiera mejor.

Ahora bien, si estás escuchando y pensando realmente en todo esto, una buena pregunta lógica en este momento sería: "¿qué diablos logra la construcción de un gran altar que reconforte la preocupación de la gente?". Bueno, adivina qué: cuando los líderes de las nueve tribus y media de Canaán se enteraron de ello, ESA fue también su respuesta. Cual podría ser el propósito de construir un altar tan grande; en su opinión tenía que ser nada menos que esas tres tribus Transjordania decidiendo que adorarían a otro dios.

Pero igual de grave es que ese altar NO lo construyeron en la orilla oriental del río Jordán (en su propio territorio), ¡¡¡lo construyeron en la orilla occidental...en Canaán...la Tierra Prometida.....en territorio que pertenecía a otra tribu (probablemente era la de Benjamín)!!!

Cuando los habitantes de Canaán se enteraron de todo esto, se pusieron como locos. Las tribus que habían disuelto su ejército lo reunieron al instante, fueron a Silo (el lugar del Tabernáculo, desde donde gobernaba Josué) y decidieron hacer la guerra a sus hermanos rebeldes. Los mismos parientes que habían estado hombro con hombro en el campo de batalla durante todos esos años, dando sus vidas unos por otros, ¡estaban a punto de hacer la guerra entre ellos!

Vaya, podría tomar muchas direcciones con esto. Mira lo que nos hacemos unos a otros; más fácilmente haríamos la guerra en nuestra propia familia que con un enemigo. Aquí estaba Josué, durante los últimos años arrancándose los pelos simplemente tratando de hacer que 7 de las tribus israelitas aceptaran su asignación territorial GRATUITA (un regalo prometido de Dios), pero no lo hicieron porque hubiera significado luchar contra enemigos en su territorio. Además, cada tribu habría tenido que arreglárselas sola en su mayor parte porque el ejército de Josué estaba en proceso de desmovilización; cada tribu ahora solo estaba por sí misma. ¿Un hermano hebreo estaba siendo atacado en un territorio vecino? Qué lástima, su territorio es su problema. ¿Un hermano israelita necesitaba desesperadamente ayuda para derrotar a un enemigo que lo estaba acosando? Qué lástima, no es mi problema. Pero deja que una tribu hermana te moleste; deja que una tribu hermana haga algo que no entiendes y TODAS LAS TRIBUS se unieron y abandonaron lo que estaban haciendo para ir y atacarlas.

Qué lección para nosotros. De hecho, gran parte de lo que Jesús nos dijo que hiciéramos dentro del gobierno de la iglesia está modelado según lo que Josué y el liderazgo de Israel hicieron en respuesta a esta situación peligrosa, cuando algunos querían simplemente tomar el ejército, asumir lo peor y castigar a las tres tribus sin hacer preguntas.

En Silo, Josué le dijo a Pinjás, el hijo de Eleazar el sumo sacerdote, que fuera a los líderes de Gad, Rubén y Manasés para presentar su queja y hacer una investigación. Junto con Pinjás, fue un líder de cada una de las 10 tribus que vivían en la Tierra Prometida. Como dato curioso: estos no eran los príncipes tribales. Más bien, eran 10 líderes de clanes elegidos, uno de cada tribu, que fueron como delegación al lado este del río Jordán, en la tierra de Galaad, y allí confrontaron a los líderes tribales de Transjordania.

La delegación acusó a las tres tribus de traición; y la construcción del altar estaba en el centro del problema. Al menos la preocupación declarada de la delegación era que construir ese altar era una terrible afrenta a Yehoveh y que todos los israelitas acabarían siendo castigados por ello. A continuación, dan los ejemplos históricos de Acán (que se apoderó de unos despojos de guerra en Jericó que se suponía que sólo debían dedicarse a Dios), y luego del suceso de Baal Peor cuando Israel cometió idolatría, y dijo que si sólo las 3 tribus que construyeron ese altar sufriera por este pecado sería una cosa: pero Dios ha demostrado que TODO Israel sufrirá por tan enormes ofensas contra Él. En el caso de Baal Peor, 24.000 israelitas murieron por la plaga divina; en el caso de Acan, toda su familia fue aniquilada por la ira divina. ¿Qué podría hacer Dios a las 12 tribus si permitieran la atrocidad de PERMITIR a Sabiendas la adoración en un altar no autorizado construido en un lugar no autorizado por personas no autorizadas?

En otras palabras, es un principio bien establecido por Dios que mientras que la CULPA comunal puede no establecerse en todos por los pecados de uno, sí se establecerá una CARGA comunal cuando la santidad de Dios sea atacada y esto haya sido causado por negligencia o inacción del grupo. No es que la familia de Acan pecara como lo hizo Acan, sino que sufrieron debido a su asociación con Acan y así cargaron con las consecuencias del pecado de Acan. Pinjás y los 10 líderes de Canaán podrían haber estado preocupados en cierta medida por el bienestar de sus hermanos transjordanos; pero estaban aterrorizados por ellos mismos y sus familias (y con razón, debo agregar... habían aprendido esas duras lecciones de la manera más devastadora).

Luego, en el versículo 19, la delegación hace a los líderes de las 3 tribus una pregunta penetrante y en cierto modo sarcástica: si creen que la tierra que poseen (por supuesto, refiriéndose al Transjordan) es impura, entonces crucen de nuevo a la tierra que pertenece a Yahweh. Tengo que decirles que un filósofo cristiano podría hacer una tesis doctoral sobre esta pregunta y lo que hay detrás de ella.

En resumen, el meollo del asunto es este: las tres tribus del este dicen que quieren identificarse con Israel y el Dios de Israel, y están preocupadas de que tal identidad les sea quitada; pero luego responden construyendo este altar ilegítimo NO en su propia tierra, sino al otro lado del río Jordán, de vuelta en la Tierra Prometida. Si quieren que su propia tierra sea santificada, y si desean que su tierra y las personas que viven en ella se asocien con aquellos que viven en la Tierra Prometida, ¿por qué no construirían su altar en su propia tierra para que su propia gente lo vea? Y de una manera sarcástica, el interrogador proporciona su propia respuesta a lo que realmente es una pregunta retórica diciendo que las tres tribus deben considerar su propia tierra como impura, contaminada. Conclusión: si piensan que su tierra es tan impura que no construirían su altar allí, ¿cómo pueden considerar la posibilidad de vivir allí permanentemente?

Luego, el interrogador (que sospecho que es Pinjás considerando el tema del altar), continúa diciendo efectivamente que son bienvenidos a mudarse a la Tierra Prometida junto con el resto de sus hermanos, y que se reservará territorio para acomodarlos; una oferta MUY generosa. Pero nuevamente, solo un hombre con autoridad sobre más que su propia tribu podría hacer una oferta así, siendo aún más motivo para sospechar que la persona que más habla es Pinjás, un sacerdote muy importante y reverenciado.

Por supuesto, subyace a esta pregunta sobre la impureza de la tierra del Transjordan un mar de insinuaciones. Para el sacerdote Pinjás, sugerir abiertamente que tal vez la tierra del Transjordan sea impura para las tres tribus probablemente está destinado a confirmar los peores temores que tanto desconciertan a las mentes de quienes viven allí; dado que la tierra que han elegido NO es la Tierra Prometida (y ellos lo entienden completamente), entonces tal vez Yehoveh tampoco está con ellos. Si Él no está con ellos, entonces quizás no recibirán Sus bendiciones ni Su protección.

Y si Dios no está allí entonces debe ser porque la tierra no está santificada. Este es un problema muy serio, si sus temores son válidos.

Esta idea de vivir en tierra no santificada surgirá de nuevo cientos de años más tarde cuando los residentes de Judá sean exiliados a Babilonia por Nabucodonosor y se enfrenten al problema de tratar de vivir un estilo de vida de la Torá en un lugar pagano en tierra profanada, respirando aire profanado, comiendo comida impura, porque el dios de esta tierra es un dios babilónico y no Yehoveh. Por lo tanto, viven en una condición perpetuamente contaminada, fuera de la TIERRA PROMETIDA sin Templo donde adorar y sin sacerdocio o altar para expiar sus pecados.

No me canso de repetir algo de lo que ya he hablado contigo en varias ocasiones: las nueve tribus y media vivían en la Tierra Prometida por decisión propia. Las 2 ½ tribus vivieron FUERA de la Tierra Prometida por su propia elección. Ahora bien, NO fue pecado per se que eligieran el Transjordan como su hogar; de hecho, Moisés (y aparentemente Dios) lo permitieron sin siquiera registrar algún tipo de advertencia. Sin embargo, esta decisión les puso en una situación precaria. Dios había prometido una tierra de especial bendición y protección (acompañada de su presencia personal) para su pueblo; pero aquí había algunos que decían ser su pueblo (3 tribus) que decidieron que era más ventajoso económicamente vivir cerca de la Tierra Prometida, pero no en ella. Gente que dijo no gracias a la provisión de Dios; piensan que un lugar de SU elección es mejor que el lugar de SU elección. Y a primera vista, ¿quién podría discutirlo?

Al mismo tiempo, Rubén, Gad y Manesa querían sin duda las mismas bendiciones que la presencia de Dios otorgaba a sus hermanos que vivían en la Tierra Prometida. Sólo querían que esas bendiciones se sumaran a las ventajas que percibían de vivir en el Transjordan, fuera de la Tierra Prometida. Después de haber pasado algunos años en la Tierra Prometida, luchando y derramando su sangre, percibían en Canaán algo diferente a cualquier otro lugar. Pero la atracción de las ventajas mundanas de vivir en el Transjordan parecía triunfar sobre lo que en el fondo SABÍAN que debían hacer: trasladarse a la Tierra Prometida y de la provisión del Padre que Él había estado preparando para ellos desde Abraham.

Así que aparentemente pensaron que tal vez podrían evitar el problema; simplemente construirían un altar (su propio altar) en la Tierra Prometida y que de alguna manera eso les compraría algo de Su favor en SU tierra.

¿Es así como vives tu vida? ¿Ves la bendición de la Tierra Prometida y la deseas, pero la atracción del mundo fuera de la Tierra Prometida es demasiado grande para resistirla? Entonces, piensas: tal vez pueda tener ambas cosas. Tal vez pueda recibir las bendiciones de los que viven dentro de los límites del Reino de Dios, mientras yo vivo fuera de él. Nunca funcionó para las 3 tribus del Transjordan. Sus bendiciones de

tierras duraron poco; y tampoco recibieron la bendición de vivir cerca de Dios. Lucas 16:13 Ningún siervo puede ser esclavo de dos señores, porque aborrecerá al primero y amará al segundo, o despreciará al segundo y será leal al primero. No puedes ser esclavo tanto de Dios como del dinero".

A partir del versículo 21, los líderes tribales de Rubén, Gad y Manasés responden a las acusaciones de Pinjás y el tono es que están totalmente atónitos por lo que oyen y explican que todo es un gran malentendido. Que de ninguna manera están contemplando culto a otro dios, ni (y lo que es igual de importante) piensan sacrificar realmente en ese altar que construyeron.

Y al estilo típico de Medio Oriente, comienzan la defensa de sus acciones glorificando el nombre de Dios para mostrar su continua dedicación a Él. La versión de la biblia CJB dice que el liderazgo tribal transjordania proclamó: "El Poderoso, Dios, es Adonai". Otras versiones dicen: "Dios, el Señor Dios". Otras más dicen: "El Señor es Dios de Dioses". En hebreo dice: "El, Elohim,

Yahaweh". La esencia de esto es que al decir El, Elohim está dejando claro que están hablando del dios más alto de todos los dioses; al decir Yahaweh están diciendo que Yehoveh ES ese dios más alto de todos los dioses. Así que no deja ninguna duda a cualquier oyente de que pueden poner a descansar cualquier pensamiento de que su intención es cambiar dioses.

Además, dicen que no han cometido rebelión (contra Yehoveh), y tampoco construyeron un altar para sacrificar en él. Y aunque las traducciones inglesas arruinan un poco el drama y el detalle, dicen que no van a hacer sacrificios de 'Olah, Minchah, o Shelamim. Estos tres sacrificios son representativos de toda la gama de sacrificios levíticos, desde los obligatorios hasta los voluntarios, desde el sacrificio de animales hasta la ofrenda de lo que producen; así queda claro que NINGÚN tipo de sacrificio se va a realizar en ese altar. Al menos esa era su intención.

Ahora, ¿cuál es el problema si ellos sí construyeron ese altar no con la intención de sacrificar a otro dios, sino que tenían toda la intención de realizar sacrificios ordenados por la Torá sobre él a Yahaweh (aunque lo negaran)? Bueno, recordemos varios mandamientos contenidos en la Ley sobre este tema. Los sacrificios debían ocurrir SOLAMENTE en el Gran Altar en el Tabernáculo. SOLO los sacerdotes levitas designados por Dios debían realizar esos sacrificios. El LUGAR del Tabernáculo (y por lo tanto el altar) era SOLO un lugar y tenía que estar donde Dios lo ordenara (y ese lugar era actualmente Silo). Había muchos otros mandamientos asociados que hacían una terrible ofensa sacrificar en cualquier otro altar, usando cualquier otro procedimiento, incluso si la intención era sacrificar a Yehoveh.

Según explicaron los líderes de las 3 tribus, su motivo era que les preocupaba que, una vez que abandonaran la Tierra Prometida y regresaran a Transjordania, dejaran de ser considerados pueblo de Dios (israelitas) y, por lo tanto, no fueran incluidos como beneficiarios de los sacrificios y rituales levíticos. Temían especialmente que, con el paso del tiempo, y las generaciones futuras, los israelitas que vivían en Canaán negaran que Rubén, Gad y Manasés hubieran ayudado a las nueve tribus y media en su conquista, o incluso que todos ellos formaran parte del mismo pueblo y nación: Israel, que adoraba al mismo Dios, Yehoveh.

Así que construyeron este altar NO como lugar de sacrificio, sino como monumento conmemorativo. O mejor, como testimonio de su lealtad al Dios de Israel y a su propia herencia. Pinjás y los dirigentes israelitas aceptan su explicación, regresan a Canaán, se lo cuentan al pueblo y se evita la guerra.

Continuaremos con el capítulo 22 la próxima semana.